

El trabajo por cuenta ajena. Su consideración jurídica, social y económica en la encíclica *Laborem exercens*

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. MANUEL ALONSO OLEA (*)

El trabajo es una de las características que distinguen al hombre del resto de las criaturas... Solamente el hombre es capaz de trabajar... El trabajo lleva en sí un signo particular del hombre y de la humanidad.

Con esta majestuosa declaración en su preámbulo mismo, antes aún de lo que la Encíclica rubrica como *Introducción*, comienza el desarrollo de una formidable elaboración sobre el concepto de trabajo humano, que constituye la base misma dogmática y doctrinal de la *Laborem exercens*.

Sobre ella se va a reflexionar aquí, precindiendo de sus derivaciones concretas, aun corriendo el riesgo, que a toda costa se querría evitar, de dejar de hacer justicia a la sustancia de su variado y riquísimo contenido. «*Laborem exercens* exige una esforzada labor —*Laborem exercens*— de lectura y relectura... [en búsqueda de su]... sentido profundo, original...»

En realidad, las palabras iniciales tienen majestuosidad y, sobre todo, relevancia, mayores aún de las que refleja la cita abreviada con que se ha comenzado.

Distingue el trabajo al hombre de las demás criaturas porque el hombre ha sido hecho «a imagen y semejanza de Dios en el mundo visible» y puesto por Dios en el mundo visible para dominar la Tierra. Es por ello por lo que, de un lado, «el hombre... desde el principio está llamado al trabajo»; y por lo

(*) Sesión del día 21 de octubre de 1986.

que, de otro, sólo el hombre en cuanto tal, esto es, en cuanto titular de este destino, es capaz de trabajar, porque sólo a él le está dada una vocación de dominación, en razón de su fin; a diferencia del resto de los vivientes, a cuya actividad para mantener su propia vida, en consecuencia, sea cual fuere su semejanza externa con la del hombre, «no puede llamarse trabajo».

El trabajo es, pues, para la Encíclica, esencialmente trabajo humano; es para el humano una dimensión de su destino radical y, por consiguiente, de su ser mismo. Reiterando el pasaje inicial: porta el trabajo el signo del hombre; sólo el hombre es capaz de trabajar.

* * *

No es extraño por ello, más bien es derivación lógica necesaria de la premisa, que «*el problema del trabajo humano* aparezca naturalmente muchas veces» en cualquier reflexión sobre la vida humana y que sea «de alguna manera un elemento fijo... de la vida social» (1).

Para enfrentarse con lo que desde hace decenios, bastante más de un siglo ya, viene doquiera denominándose —y la propia Encíclica denomina— *La cuestión social*, profundizar en el problema el trabajo es absolutamente esencial, porque, como no podía por menos de ser, «el trabajo humano es una clave, quizá la clave esencial de toda la cuestión social» (I, § 3), si se recuerda, además, que aquella se planteó precisamente en vista de las condiciones de vida y de trabajo de un proletariado urbano, esto es, de colectividades de trabajadores cuyas formas de vivir y de trabajar habían sido profundamente alteradas en su medio espacial y en su ritmo temporal, como más tarde habían de serlo, incluso, las de los trabajadores rurales por la revolución industrial; fue «la primera industrialización [la] que creó la cuestión obrera» (II, § 5), íntimamente ligada al proceso de generalización del trabajo por cuenta ajena asalariado que con ella se inicia y que a ella es sustancial; hasta qué punto lo sigue siendo hoy o lo seguirá siendo en un futuro ya previsible es tema sobre el que volveré al final.

* * *

(1) En ésta y en las ulteriores citas de la Encíclica, las cursivas están siempre en el original; de ésta es, pues, el énfasis significado por la tipografía. Las referencias de capítulo y párrafos insertos en el texto son también de la Encíclica.

Una primera versión de este trabajo fue publicada en la edición de esta Real Academia, *Escritos de Homenaje a S.S. Juan Pablo II*, Madrid, 1982; edición que tuvimos a nuestro cargo Juan Velarde y yo mismo, y que fue ofrendada a S.S. durante su visita a la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid.

La que ahora se publica es la ampliada, texto de una conferencia pronunciada en San José, Costa Rica, el 29 de abril de 1987, dentro del Seminario sobre la Encíclica *Laborem Exercens*, organizado por la Asamblea Legislativa de aquella República (de aquí en adelante, «el Seminario»). Con alguna inevitable revisión y adiciones fruto de una última lectura, tras la de las restantes al Seminario; de una de éstas, por cierto —la citada *infra*, notas 11 y 18, del Cardenal Etchegaray—, es la referencia a la «esforzada labor de lectura y relectura...»

Con renovada formulación, más allá ahora de su localización histórica concreta, nos insiste la Encíclica: «La Iglesia está convencida de que el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia del hombre sobre la Tierra.» (II, § 4.)

* * *

Es esencial subrayar que el trabajo está tomado, en todos los pasajes que se han citado, en su sentido más literal de actividad del hombre dirigida hacia la modificación y el dominio del mundo exterior, hacia la actividad con manifestaciones y operatividad externas; quiero decir que los pasajes refieren al trabajo como distinto de la reflexión *ad intra*, de la contemplación y de la meditación del hombre ensimismado, esto es, vuelto hacia sí y en sí mismo recogido.

Es esta una distinción esencial de tradición muy antigua sobre la que *Laborem exercens* implícitamente vuelve; se está hablando, nos dice, del trabajo, «entendido como una actividad “transitiva”, es decir, de tal naturaleza que, empezando en el sujeto humano, está dirigida hacia un objeto externo». El hombre se trasciende a sí mismo a través de su trabajo, abandona su ensimismamiento, como Ortega hubiera dicho (2), y se lanza sobre los objetos externos.

Esta transitividad que se predica del trabajo, nos dice que la Encíclica se está ocupando del trabajo «de acción» o «práctico» como distinto, si de tal puede hablarse, o quizá más bien incorporando y haciendo suyo —*ora et labora* de las viejas reglas monacales— el «trabajo de especulación» o puramente «teórico». Trabajando *ad extra* cada hombre toma parte «en ese gigantesco proceso mediante el cual somete a la Tierra con su trabajo y cumple con el mandato recibido de su Creador de someterla y dominarla», con todas las fuerzas, incluidas, desde luego, las intelectuales, que precisamente para ello se le han dado. «Es a través de la actividad humana como la Tierra deviene hogar y ámbito de vida para el hombre» (3).

La contemplación ensimismada y la actividad intransitiva puras corresponden a otra no menos importante, pero ajena a la Encíclica, dimensión del hombre.

Aquel mandato, el de dominar la naturaleza trabajando, además, ha estado para el hombre vigente desde siempre; antecedió a la ruptura provocada por el pecado y sigue vigente tras ella y no como efecto de ella. Que el hombre tenga que trabajar, y

(2) «Ensimismamiento y alteración», cap. I de *El hombre y la gente*, 3.^a ed., Madrid, 1962; sobre ello, «Apunte sobre Ortega», cap. VI de mi *Alienación. Historia de una palabra*, Madrid, 1974, páginas 247-252.

(3) *Katholischer Erwachsenen Katechismus*, 1.^a III, 2, 1; 3.^a ed., 1985, pág. 107.

efectivamente trabaje, no es consecuencia de su culpa, sino dimensión intrínseca a su humanidad.

* * *

Situado en este contexto, aparte y además de satisfacer las necesidades vitales de quien trabaja, que en esto se diferencia el trabajo del juego, cumple el trabajo una doble y esencial función.

En primer lugar, el hombre, al actualizar el trabajo como bien, «se realiza a sí mismo como hombre... en un cierto sentido», «se hace más hombre» (II, §9).

Surge de aquí «la obligación moral de unir la laboriosidad como virtud» con un tipo de orden sociolaboral que cumpla con esta finalidad esencial del trabajo, no degradando ni menoscabando la dignidad y subjetividad de quien lo ejecuta, que en la ejecución misma se autorrealiza.

Unido, pues, íntimamente el trabajo a la persona de su ejecutor, la estima o desprecio referido al primero se refleja inmediata y necesariamente en los mismos pensamientos o sentimientos respecto de la segunda. Las sociedades y los hombres que, despreciando el trabajo, viven del trabajo de los demás, son moralmente repugnantes no sólo en lo que tengan de explotadoras, sino en lo que tienen de despreciativas y humillantes del explotado.

El vago arrogante, persona o sociedad, se diría, une en sí maléficamente los pecados mortales primero y último, soberbia y pereza, y así los compendia todos.

En segundo término, elevando la Encíclica ya en sus postrimerías el tono de sus declaraciones, y no rehuendo la cuestión de la ambivalencia del trabajo en la apreciación de quien lo ejecuta (al libro del *Génesis*, nos dice se remonta la contraposición entre «aquella originaria *bendición* del trabajo, contenida en el misterio mismo de la creación, y unida a la elevación del hombre como imagen de Dios [y] la *maldición* que el *pecado* ha traído consigo»), en cuanto que el trabajo es para él al tiempo fuente de satisfacción y causa de cansancio y fatiga, nos reitera la Encíclica, digo, respecto de esta segunda dimensión, que a través de ella el hombre con su sudor «colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad» (V, § 27).

Y así, el hombre trabajando no sólo contribuye «a su propio perfeccionamiento como imagen de Dios» (4), y «presta su cooperación al perfeccionamiento de la creación divina» (5) —ideas estas sobre las que en la *Laborem exercens* se insiste,

(4) Encíclica *Mater et magistra*, parte IV; su texto en «Revista de Política Social», núm. 52, 1961.

(5) Constitución *Gaudium et spes*, 2.^a III, 2, 67; en Concilio Vaticano II, *Constituciones, decretos, declaraciones*, Madrid, 1965.

desde luego: «mediante su trabajo participa [el hombre] en la obra del Creador, y según la medida de sus propias posibilidades, en cierto sentido continúa desarrollándola y la completa» (V, § 25)—, sino que, además, «soportando la fatiga del trabajo», participa en la tarea redentora suya personal, en la propia de la comunidad a la que pertenece y aún en la de la humanidad toda.

Es por ello, quizá, por lo que en los libros sapienciales a la vez para el hombre «todo su trabajo es fatiga» y «nada hay para el hombre mejor que gozar en su trabajo» (*Eclesiástico*, 2.23 y 3.13).

De su propia redención, decía, porque las «acciones pertenecientes al proceso del trabajo... han de servir... a la realización de su humanidad, al perfeccionamiento de esa vocación de persona que tiene en virtud de su misma humanidad» (II, § 6); el hombre «a través del cansancio [de su trabajo] y jamás sin él», coopera a su redención, «llevando... la cruz de cada día en la actividad que ha sido llamado a realizar» (V, § 27).

De la humanidad toda, de la que la comunidad a la que pertenece es parte, porque el proceso a través del cual el hombre se hace cada vez más dueño de la Tierra y confirma su dominio, es verdaderamente un proceso, «universal: abarca a todos los hombres, a cada generación..., todos y cada uno están comprendidos en él..., todos y cada uno... en un número incalculable de formas toman parte en este gigantesco proceso» (II, § 4). Sin el hombre no hay Historia; pero la historia está hecha por los días y las horas de todos los hombres.

* * *

Tal es la forma como, a través del trabajo, se religa al hombre con su especie y hace de esta humanidad; como la generación presente del hombre se integra y hace una como las pasadas y futuras. No sólo a través del trabajo el hombre se desposa con la naturaleza, sino que reconoce en sí mismo su pertenencia a la especie humana y a sus destinos, «a esa gran sociedad... una encarnación histórica y social del trabajo de todas las generaciones» (II, § 10).

En pasaje verdaderamente inspirado —o manifestación especialmente feliz del espíritu que inspira la Encíclica— que debe citarse en toda su extensión y que resume los aspectos subjetivo y objetivo, individual y social, del trabajo:

«Haciéndose —mediante su trabajo— cada vez más dueño de la tierra y confirmando todavía —mediante el trabajo— su dominio sobre el mundo visible, el hombre, en cada caso y en cada fase de este proceso, se coloca en la línea del plan original del Creador. Este proceso es, al mismo tiempo, universal: abarca a todos los hombres, a cada generación, a cada fase del desarrollo económico y cultural, y a la vez en un proceso que se actúa en cada hombre, en cada sujeto humano consciente. Todos y cada uno, en una justa medida y en un número incalculable de formas,

forman parte en este gigantesco proceso, mediante el cual el hombre “somete la tierra” con su trabajo» (II, § 4).

En cada hombre trabajan él y la especie humana, podría decirse; el hombre trabaja en cada era teniendo tras de sí, como posibilidad de su trabajo, el trabajo de los hombres que durante siglos y milenios han precedido al suyo propio; basta para constatarlo una reflexión elemental y somera sobre modos y formas actuales cualesquiera de trabajar. De igual forma que quienes nos sigan utilizarán el trabajo anterior de su especie; usando de un fondo que debemos velar porque poco o mucho, siempre algo, quede incrementado con nuestra propia aportación; y nunca reducido, terrible pecado, por lo que dolosa o temerariamente destruyamos. El que destruye el patrimonio común histórico es, seguro estoy, el gran malvado de la historia.

* * *

El trabajo al que se refiere la Encíclica, por otro lado —la contemplación aparte, como se vio— es tanto el trabajo intelectual como el trabajo manual o, mejor dicho, el trabajo humano que es siempre y a la vez intelectual y manual; «trabajo significa todo tipo de acción realizada por el hombre independientemente de sus características y circunstancias»; «en su aspecto subjetivo [es el trabajo] una acción personal [de donde] se sigue necesariamente que en él participa el hombre completo, su cuerpo y su espíritu, independientemente del hecho de que sea un trabajo manual o intelectual!» (V, § 24).

Implícitamente, para la Encíclica no hay prioridad de un tipo de trabajo sobre el otro; ni puede haberla habida cuenta de la fusión de ambos caracteres en toda obra humana. El trabajo más «manual» pensable, en cuanto predicado del hombre, presupone la inteligencia de éste y con ella la presencia de «lo sentido y lo pensado... lo sabido y la sensación de lo sentido» (6); y el trabajo más intelectual pensable, la contemplación pura aparte —supuesto que de esta pueda hablarse con propiedad como trabajo, insisto— encuentra en la manifestación externa propia de su transitividad, el uso de la dotación sensitiva corporal del hombre.

* * *

El hombre —vuelve una y otra vez la Encíclica sobre esta idea— al trabajar reposa sobre el trabajo de los demás; no ya o no sólo en el sentido de que cualquier mínimo sistema de división del trabajo —impuesta esta a su vez, con intensidad creciente, por la calidad y la cantidad de los bienes que el hombre pide al trabajo para vivir una vida que repunte como propiamente humana— exija para el trabajo de cada hombre el trabajo antecedente, coetáneo o subsiguiente de otros hombres, sino en el

(6) Aristóteles, *De ánima*, III, 8; según la cita de Bacon, *The Advancement of Learning*, 2.º, XIII, 2; ed. Oxford, 1974, pág. 117.

más radical de que el conjunto de medios de que el hombre se sirve para su trabajo es fruto del trabajo de otros hombres; las afirmaciones son aquí, digo, terminantes y reiterativas: «todos los medios de producción, desde los más primitivos hasta los ultramodernos han sido elaborados gradualmente por el hombre»; «todo lo que sirve al trabajo, todo lo que constituye su “instrumento”... es el fruto del trabajo»; lo que «se ha solido llamar “capital”... el conjunto de medios [que el hombre aplica a su trabajo] es fruto del patrimonio histórico del trabajo humano» (III, § 12).

No otra cosa son los instrumentos y las máquinas y el conjunto de unos y otras, sino también el espíritu del hombre, sus saberes y sus esfuerzos en cuanto queden transitivamente materializados en el mundo exterior, o este mismo mundo transformado por el hombre y en parte convertido en herramienta para transformaciones futuras. Es la historia misma del esfuerzo humano objetivada en frutos imperecederos como conjunto, de los que el hombre usa como instrumento. Como tipo especial de fruto junto al perecedero y consumible aplicado a las necesidades inmediatas, están los instrumentos, «en los que el trabajo encuentra su permanencia..., aquello en lo que los seres contingentes se perpetúan» (7); «todo instrumento, desde el punzón de sílex al ordenador electrónico, es *pensamiento* materializado, objetivado» (8).

Pero con todo, o no obstante todo lo dicho —aparte de que la contingencia del hombre refiera sólo al más acá; en la transcendencia no hay contingencia— los instrumentos y su conjunto *no* son espíritu, sino que son cosas, «un conjunto de cosas», como tal subordinado al hombre actual y a su trabajo aquí.

Es pues en los procesos de producción, en los que hay que subrayar con energía, «poner de relieve... la primacía del hombre sobre todas las cosas» (III, § 12). El hombre *es un fin*, y las cosas, incluidas las especiales que traen incorporado el trabajo de los hombres, y las especialísimas, que unen a esta incorporación su perduración en el tiempo, *un medio*. (9).

Porque es claro que la cosa producida por el hombre ha incorporado un proyecto humano, un proyecto duradero incluso, si lo producido es un instrumento para uso ulterior por su autor o por otros; pero es sólo en su concepción, o si se quiere tam-

(7) Hegel, *Realphilosophie I*, III, B; en la ed. de Planty-Bonjour, París, 1969, págs. 99-100.

(8) A. García Valdecasas, *La significación cristiana de los derechos humanos y del trabajo*, en «Escritos de homenaje...», cit., pág. 34.

(9) Las cursivas aquí, por una vez, son mías; pienso que en la Encíclica se hubieran podido subrayar también estas expresiones. La naturaleza medial del instrumento y su origen en el trabajo, con la consiguiente sumisión de aquél a éste, es uno de los fundamentos para la Encíclica de «La participación eficiente del trabajo en todo el proceso de producción» (III, § 13), pertinente cita que se hace en E. Morgado Valenzuela, *Formas de participación de los trabajadores en la empresa* (pág. 19), aportación importante de Morgado al Seminario; del Seminario también, sobre este tema, la parte relativa a *Cooperativismo*, págs. 30-32, de la ponencia de O. Bejarano Soto, *La solidaridad de los hombres del trabajo a la luz de la Encíclica «Laborem Exercens»*. El Seminario, por cierto, hizo una sencilla y atractiva edición de la Encíclica.

bién durante su ejecución, donde y cuando el proyecto tiene vida y donde y cuando en cada hombre operan los saberes milenarios. *Arca in opere non est vita, arca in arte vita est* (10); la obra producida —el arca del artesano— sin vida, pasa a su condición medial. Es el nuevo artesano quien ha de vivificarla, de renovar su vida, subordinándola, a sus fines. Es el hombre, por decirlo de una vez, quien hace útil el capital, además de crearlo; porque el capital es, en efecto, «la suma, privada o pública, de los instrumentos necesarios para el trabajo» (11).

Lo contrario, gravísimo riesgo éste, es admitir el aplastamiento del hombre por sus obras, siendo así que «el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto» (II, § 6), el «hombre-persona que ejecuta un determinado trabajo» (II, § 8). Por ello mismo «el principio de la prioridad del trabajo respecto del capital es un postulado que pertenece al orden de la moral social» (III, § 15).

La superación de errores históricos profundos, teóricos y prácticos, no es siquiera posible si no se parte «de la decisiva convicción de la primacía de la persona sobre las cosas, del trabajo del hombre sobre el capital como conjunto de los medios de producción» (III, § 13). Y de la primacía no «del hombre “abstracto”, sino del hombre real, del hombre “concreto”, “histórico”»; aquí, como en todo otro lugar, «se trata de cada hombre...» (12), no de la entelequia pedestre del hombre-especie.

* * *

Con cuidado exquisito, al tiempo que con toda energía, nos advierte la Encíclica en sus pasajes finales que, sus dimensiones magníficas no obstante, y aun precisamente por ellas, el trabajo debe estar presidido por una idea transcendente.

Es cierto, y por ello debe el cristiano mantener que, «la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra»; pero es claro también que ello ha de hacerse con la mira puesta siempre en esa tierra nueva que se espera. Es ello lo que fuerza a «distinguir cuidadosamente el progreso temporal, y el creciente del Reino de Cristo»; el primero debe ser perseguido desde luego ardorosamente en cuanto fuente de humanización del individuo y en cuanto contribución suya al ordenamiento mejor de la sociedad humana —«a la incesante elevación cultural y moral de la sociedad en la que vive en comunidad con sus hermanos»—, pero presididos ambos designios por la transcendentalidad del segundo, cuyo fin último está en la tierra nueva, allende ésta actual y futura.

En las frases de la constitución *Gaudium et spes*, de donde con seguridad viene

(10) San Agustín, *Tratados acerca del Evangelio de San Juan*, I, 17; *Obras*, t. XIII, Madrid, 1955, págs. 90-91.

(11) Roger, Cardenal Etchegaray, *La Encíclica «Laborem exercens: Perspectiva actual del magisterio social de la Iglesia»* (pág. 4); conferencia inaugural del Seminario.

(12) Encíclica *Redemptor hominis*, III, § 13.

la inspiración inmediata de la Encíclica en este punto, la esperanza escatológica, «no merma la importancia de la tarea temporal, sino que más bien proporciona nuevos motivos para su ejercicio», porque «el Reino está ya místicamente presente en nuestra tierra»; «la vocación del hombre hacia la vida eterna no elimina, sino confirma, su deber de poner en acto las energías y los medios que ha recibido del Creador para desarrollar su vida temporal» (13).

Pero una cosa es hacer estas afirmaciones temáticas y otra enteramente distinta, y hasta diametralmente opuesta, que podamos nunca afirmar que este o aquel futuro acontecer en la historia es el futuro prometido. «La imposición objetiva de la idolatría de los propios logros no es sino una blasfemia organizada», como dijera Moltman. El reino está ya incoado aquí desde la primavera venida y por él debe obrar el hombre afanosamente; pero sólo en la venida segunda se consume, sólo *adveniente Domino consummabitur* (14). La historia del hombre, de sus horas y de sus obras no tiene fin aquí ni se consume aquí; por siempre habrá historia hasta que sean los propios siglos los que se consuman.

Sólo en esta convicción, y con ella en el destino trascendente, se evita caer en la estulticia del inmanentista, que es la misma del idólatra antiguo cuya versión moderna es. Uno y otro, «alardeando de sabios se hicieron necios» (Romanos, I, 11). Adorando la obra de sus propias manos, convirtiendo en ídolos a los que prestan adoración a sus propios artificios. Como en Isaías (2.8), «está su tierra llena de ídolos, se posternan ante la obra de sus propias manos, ante lo que sus dedos fabricaron».

Trabajar sin la convicción de que existe otro mundo que trasciende éste es verdaderamente una maldición carente incluso de sentido moral, resultante cruda de nuestra biología, ciertamente, «la forma más terrible de castigo» (15). Quizá por ello en la caricatura despiadada de la felicidad en la comunidad sin trascendencia ni más allá que dibuja Santo Tomás Moro, en *Utopía*, la esclavitud y la marca de los esclavos siguen siendo instituciones legales y necesarias a la vez.

«El cristiano... [ha de saber]... ocupar su trabajo no sólo en el progreso terreno, sino también en el desarrollo del Reino de Dios al que todos somos llamados» (V, § 27); es esta «suerte divina» del individuo la que se abre su camino en medio «de todos los enigmas, incógnitas, tortuosidades y curvas de la “suerte humana” en el mundo temporal» (16).

(13) Las dos primeras referencias son directas de la Constitución *Gaudium et spes*, 1.ª, I, 21, y 1.ª, III, 39; ed. cit., págs. 235 y 262; la tercera indirecta en la referencia que a ella hace la *Instrucción sobre libertad cristiana y liberación* (22 de marzo de 1986) de la Congregación para la Doctrina de la Fe (III, V, § 60 y nota 82); el texto en «Adista, dossier, 20», Roma, 1986.

(14) *Gaudium et spes*, loc. y págs. citados.

(15) Camus, *Le Mythe de Sisyphe*, ed. Paris, 1966, pág. 161.

(16) *Redemptor hominis*, IV, § 18. Si se me permite, sobre estos últimos puntos remito al capítulo V, *Ídolos y alienación*, págs. 229 a 245 de mi libro *Alienación. Historia de una palabra*, Madrid, 1974.

De nuevo, últimamente, reiterando y compendiando, y extendiendo estas ideas a todos los ámbitos de la vida humana: «Dios uno y trino... *en sí mismo es completamente trascendente* respecto del mundo, especialmente respecto del mundo visible... es, en verdad, Espíritu absoluto, “Dios es espíritu” (San Juan, 4, 24); y al mismo tiempo, de modo admirable, está no sólo *junto* a este mundo, sino que está *presente* y, en cierto modo *inmanente*, lo compenetra y vivifica desde su interior. Lo que vale de modo especial para el hombre...» (17).

* * *

La temática general de *Laborem exercens* fue de nuevo expuesta y en algunos puntos precisada con energía, en la *Alocución* que el día 15 de junio de 1982 significativamente dirigió Su Santidad a la 68 Conferencia Internacional del Trabajo, reunida en su sede habitual de Ginebra.

Aceptando también el riesgo, y también procurando evitarlo, de no hacer justicia plena a la densidad de este segundo texto, y concentrando la reflexión sobre el significado en ella del trabajo humano, una y otra vez se nos insiste no ya sobre su dignidad y los sentimientos de solidaridad que engendra, sino, en lo que importa aquí, sobre su humanidad profunda: «no sólo el trabajo lleva la huella del hombre, sino que el trabajo es donde el hombre descubre el sentido de su existencia»; el trabajo humano de ser situado «dentro del hombre..., en lo más hondo de su humanidad, en lo que le es propio, en lo que hace que sea hombre».

Entre el hombre y su trabajo no se da una relación accidental, dependiente de situaciones sociales o históricas; antes bien, «existe un lazo esencial entre el trabajo de cada hombre y el sentido global de la existencia humana»; la esencialidad de esta relación es «fundamento de la doctrina cristiana sobre el trabajo».

Como en *Laborem exercens* estas declaraciones refieren a todo tipo de trabajo, punto sobre el que parece como si la *Alocución* quisiera recrearse, volviendo una y otra vez sobre el mismo. En efecto, el trabajo sobre el que discurre el mensaje —merece la pena la cita extensa por su rotundidad— es «el trabajo del hombre, cualquiera que sea y donde quiera que se haga en la totalidad del globo, a todo trabajo —así como a cada hombre y a cada mujer que lo efectúan— sin distinción entre sus características propias, ya se trate de un trabajo “físico” o de un trabajo “intelectual”; sin distinción tampoco entre sus modalidades particulares, ya se trate de un trabajo de “creación” o de “reproducción”, ya se trate del trabajo de investigación teórica que da sus bases al trabajo ajeno, o del trabajo que consiste en organizar las condiciones y las estructuras, o bien, por último, del trabajo de los dirigentes o de los obreros que ejecutan las tareas necesarias para realizar los programas fijados».

(17) Encíclica *Dominum et vivificantem*, III, 2; § 54; ed. Vaticano, 1986, pág. 100. En el original las cursivas.

Cualquier trabajo del hombre, pues, y ello, precisamente, «porque es obra del hombre», porque detrás de todo trabajo está siempre la persona humana. En la *Instrucción* que ya he citado, en esta misma línea, y citando a su vez la *Laborem exercens*: «el valor de todo trabajo humano no deriva... del género de trabajo ejecutado..., sino de que lo ejecuta una persona» (V II § 85).

No es cierto que el trabajo sea *per se* alienante, esto es, que por su propia naturaleza sujete a los hombres a fuerzas extrañas que imperen sobre ellos, desnaturalizándolos, o a las que en sí mismas o en sus frutos tengan que prestar adoración como seres imponentes; esto sería contradictorio con la proclamada esencialidad del trabajo para el hombre, en cuanto trocaría en deshumanizante un factor de humanización. Textualmente, «la existencia humana atestigua siempre el hecho de que el hombre no ha sido alienado por el trabajo»; «antes al contrario, confirma que el trabajo se ha convertido en el aliado de la humanidad».

* * *

No hay que insistir sobre la transcendencia de la entrada de la *Alocución* en este terreno movedizo, mar proceloso de la alienación.

En su sentido más radical, lo que se nos afirma en la *Alocución* es que no hay ruptura dentro del hombre, ni enajenación del hombre en su obra, sino integración entre el uno y la otra a través del trabajo. Negaciones tras las que están las afirmaciones solemnes de *Laborem exercens* sobre las que ya se ha reflexionado: el hombre contribuye a la Creación y a su redención a través del trabajo. Y las de la propia *Alocución*: «el trabajo sirve para realizar el sentido de la vida humana».

No hay necesidad, pues, de concebir un mundo utópico en el que se pudiera vivir sin trabajar, aparte de que tal utopía sería en sí misma deshumanizante y más incoherencia que utopía, en el sentido de que es un mundo ilógico, y como tal no concebible, uno en el que nadie trabaje. Ni siquiera es necesario pensar en un mundo en que el trabajo dejara de tener en todos o en alguno de sus momentos una cierta forzosidad y con ella un elemento de cansancio y fatiga. El hombre se niega a sí propio como individuo y como especie si no trabaja; deja de ser partícipe en la re-creación de lo creado y deja de cooperar en su redención.

* * *

Otra cosa es que el tipo de trabajo que el hombre ejecuta en esta recreación haya de ser para siempre el trabajo asalariado por cuenta ajena cuya generalización derivó inmediatamente de la Revolución Industrial. Los análisis contemporáneos del mundo del trabajo nos muestran un inesperado reverdecimiento de trabajos por cuenta propia. Ya la Enciclica nos habló de cómo es precisamente «el desarrollo industrial [el que] pone la base para plantear de manera nueva el problema del trabajo humano» (II § 5). Y en una de las más autorizadas y recientes interpretaciones

de la *Laborem Exercens*, la que antesdeayer nos hacía el cardenal, «los procesos productivos, modificándose radicalmente, modifican el significado mismo del trabajo y disminuyen lentamente su hipertrofia heredada de la sociedad industrial»; la búsqueda para el trabajo de «su verdadero lugar» probablemente situando su forma asalariada en terreno otro y distinto al de ser «considerado como la sola vocación fundamentadora del hombre» (18). Es esta, en efecto, una nueva reflexión a la que se nos invita en los albores del siglo XXI.

* * *

Epilogar el mensaje unitario de *Laborem exercens* y de la *Alocución* aparte de que sería pretencioso es innecesario. Su densidad misma, que con riqueza reflejan las citas, y con pobreza las frases intercaladas para su hilación, imponen la ausencia de consideraciones finales como impusieron el ahorro de reflexiones iniciales.

(18) Cardenal Etcheagaray, *La Encíclica...*, cit., pág. 7.